

Que nada cambie para que se produzca el cambio

Unos veinte estudiantes de arquitectura que cursábamos el Taller de Título dirigido por Alberto Cruz, solíamos reunirnos en una sala ubicada en el estrecho pasillo exterior que conducía hasta la antigua sala de primer año. Nuestro trabajo se desenvolvía a partir de una reflexión ofrecida por Alberto sobre distintos asuntos que traía al taller. En ocasiones llegaba a la sala y se ponía a escribir en silencio en unas pizarras que cubrían uno de los muros para luego, con el mismo sigilo, retirarse. Otras veces, al modo de una clase, nos hablaba sobre un tema que podía estar relacionado con el avance de nuestros trabajos. Lo que cada uno desarrollaba era personal y tenía un carácter esencialmente reflexivo, vinculado a estas exposiciones. A partir de observaciones basadas en sus conceptos, debíamos escribir a diario al menos una lámina en papel diamante, con tinta y a mano alzada, calcando textos tipeados a máquina e insertando los croquis correspondientes. Era una diagramación libre dentro de un formato establecido: un cuarto de pliego de papel hilado.

Después de varios meses entregados a esta rutina, durante **1978** el grupo empezó a inquietarse y a sostener conversaciones sobre la incertidumbre que este método nos despertaba. No sabíamos hacia dónde íbamos y echábamos de menos la posibilidad de abordar un proyecto de título tal como lo habíamos visto hacer en años anteriores. Aunque cada uno contaba con una gran cantidad de escritos en láminas que eran hermosas, hechas con gran oficio, no lográbamos comprender su propósito. Teníamos ganas de rebelarnos, de que las cosas cambiaran. Entonces nos armamos de valor y uno de nosotros hizo de vocero para plantearle a Alberto la inquietud general. Mientras escuchaba no dejaba de pasearse, hasta que al fin se detuvo

frente a alguien y le dijo: «Y tú, ¿qué quieres hacer?». No recuerdo con precisión la respuesta, pero pudo ser «una casa» o «un parque», algo que calzara con nuestra idea de lo que debía ser un proyecto de este tipo. «Muy bien, haz una lámina sobre eso». Esta respuesta inesperada —que me pareció superangustiante por insistir en lo que veníamos haciendo— contenía la lección.

Aunque mantuvimos la misma rutina, cargada de preguntas e hipótesis, empezamos a sentir que de a poco nos íbamos apropiando de algo que se volvía cada vez más personal y profundo, porque desencadenar esas propuestas conceptuales exigía aún más rigor. De algún modo nos parecía estar haciendo un aporte teórico a la arquitectura. Eso nos reconfortaba y valía el esfuerzo.

El resultado fue un conjunto de carpetas individuales que daban cuenta de distintas teorías sobre el espacio del habitar, sobre la ciudad y el territorio, presentadas a la manera en que nos habíamos formado: mediante escritos y dibujos que podían entenderse en perfecta unidad. Recuerdo que nos leíamos unos a otros con el mayor interés. Fue un gran final.

Patricio Morgado Uribe